pretor fué hecho prisionero por un lusitano que lo mató burlándose de su notable obesidad. Los 6.000 romanos restantes huyeron hácia Carteya, de donde salieron fuerzas á su socorro. El general lusitano les dió otra accion, alcanzando una nueva victoria con pérdida de 5.000 enemigos, fortificándose los restantes en Carteya, á las órdenes de un qüestor. Desde esta plaza enviaron emisarios á todos los pueblos vecinos, que acudieron á favorecerlos en gran número. En vista de ello, Viriato no consideró prudente atacarlos, y se contentó con recorrer el pais exigiendo por todas partes crecidísimas contribuciones.

Sabidas que fueron en Roma estas victorias, mandó el Senado á la España ulterior en el año 146 antes de J. C. al pretor C. Plaucio con 10.000 infantes y 1.500 caballos y poco despues al Cónsul Q. Fabio Maximo Emiliano con 15.000 infantes y 2.000 caballos, con cuyo ejército llegó á Córdoba, pasando despues á *Ursona*, hoy Osuna, donde dejó establecidos sus reales para que se fuesen adiestrando sus soldados en los ejercicios militares.

Viriato se presentó ante los muros de esta ciudad en ocasion que el Cónsul habia marchado á Cádiz para ofrecer sacrificios á Hércules.

Cayo Plaucio sacó el ejército, y esperándolo el lusitano le mató casi en su totalidad un cuerpo de 4.000 hombres que el pretor destacó de las demás fuerzas: y cuando llegó con las restantes y se dió la batalla ganó Viriato una completa victoria, huyendo Cayo Plaucio desordenadamente á Córdoba, sobrecogido de un pánico tal, que aunque por entonces era la estacion del verano, se encerró en sus cuarteles sin atreverse á salir de ellos en lo que restó de año.

Esto facilitó el que Viriato pudiese recorrer, sin la menor oposicion, toda la Bética, imponiendo fuertes contribuciones á los pueblos, no solo para mantener sus tropas, sino tambien para remunerarlas y tenerlas contentas. En esta excursion se separó de la costumbre que habian observado hasta entonces tanto los romanos como los españoles, de quemar y devastar los campos por donde pasaban, como tambien de emplear la hostilidad y la fuerza, mientras no tuviese para hacerlo una imprescindible necesidad.

El cónsul sintió mucho este contratiempo, y sin hacer nuevas salidas formales, se mantuvo á la defensiva, invirtiendo todo el año en instruir á sus bisoños soldados, y hacer que recobrasen el ánimo que habian perdido con tantos y tan continuados reveses, el pretor Cayo Plaucio fué llamado á Roma: y obligado á comparecer ante un consejo de guerra, no pudo justificar su conducta y cobardía, y fué por estos hechos condenado al destierro.

Llegada la primavera del año 144 antes de J. C. salió á campaña el Cónsul Q. Fabio Máximo Emiliano, y presentando la batalla á Viriato, quedó este completamente derrotado, y en la necesidad de refugiarse con los suyos á las asperezas de sus montañas, desde donde demandó el auxilio de los pueblos comarcanos, por cuyo medio le acudieron entre otros los celtíberos. Máximo tornó victorioso á Córdoba, donde fué recibido con grandes aclamaciones.

En 143 antes de J. C. vino á la España ulterior Q. Cosio (1). Los incansables lusitanos le presentaron la batalla, y fueron derrotados en ella. Mas reforzado Viriato volvió á la Bética, en donde venció á los romanos, tomándoles varias banderas y obligándolos á retirarse á Córdoba. Viriato sitió á *Tucci*, hoy Martos; arrojó de la plaza á la guarnicion, y continuó sus correrías por la Bética oriental, saqueando todo el pais. Q. Cosio permanecia entre tanto en Córdoba en

(1) El verdadero nombre de este pretor fué Quinto Pompeyo, de quien varios autores hacen mencion con el solo nombre de Quincio.

completo desaliento: sin escuchar ni la voz de su deber, ni los mandatos que se le hacian de Roma, para que se mantuviese en campaña hasta que llegase el tiempo de invernar, y socorriese á los Bastelanos, que estaban fatigados por Viriato: pero mandó á Cayo Marcio, natural de Itálica, para que contuviese algun tanto las excursiones de los lusitanos. La inaccion y cobardía de este pretor perjudicó considerablemente á los intereses de la República.

A Máximo Emiliano sucedió el año 142 el cónsul Q. Fábio Máximo Serviliano con 8.000 infantes y 500 caballos. Llegado á Córdoba escribió á Micipsa, hijo del famoso Masinisa, para que le enviase elefantes y caballos. Marchó entretanto, con intencion de apoderarse de Tucci y logró ahuyentar á los lusitanos. Mas volvieron estos de nuevo sobre el Cónsul, á quien lograron vencer en una sangrienta batalla, encerrándole en Tucci. Retirados los lusitanos recorrió el Cónsul la Beturia, y se apoderó de tres ciudades, que Apiano Aléjandrino nombra *Gemela*, *Escadia*, ó *Archidona*, y Ubólcola, regresando despues á Córdoba, durante todo el invierno.

A la primavera del año siguiente salió el Cónsul á campaña contra 10.000 lusitanos, mandados por Curion y Apuleyo, los cuales batieron á los romanos y les quitaron la presa que llevaban. Pero fué todo á costa de la vida de Curion, que quedó muerto sobre el campo de batalla.

Viriato puso sitio á Buccia: mas el Cónsul llegó tan á tiempo que, no solo lo hizo levantar, sino que le tomó muchos prisioneros, haciendo cortar las manos á 500 de los mas notables. Desde Buccia marchó Serviliano á Erisanes ó Erisana (Lucena) ciudad adicta á Viriato. Este, que á la sazon se hallaba en la plaza, hizo una salida al romper el alba, y rechazó al ejército romano, reduciéndolo á un terreno tan desventajoso, que difícilmente hubiera podido escapar de él. Lejos de aprovecharse Viriato de esta ventaja, y

pareciéndole poco noble prevalerse de la apurada posicion de los romanos, les propuso honrosos artículos de paz, que por necesidad tuvo que aceptar el pretor, estipulándose en ellos, que tanto los romanos, como los lusitanos, se avendrían á conservar los dominios que á la sazon poseian, cuyos límites no serían traspasados por ninguna de las dos naciones.

Sometióse á Roma la aprobacion de este convenio: mas no solo no fué aceptado, sino que quedó depuesto el Cónsul, viniendo en su lugar, el año 140, su hermano Q. Servilio Cepion.

Marchó este contra Viriato que confiado en la capitulacion convenida, se hallaba tranquilo y descuidado en *Arsa*, Azuaga. Al saber la proximidad del ejército enemigo desocupó la plaza el general lusitano, retirándose á la Carpetania, talando á su paso los campos. El Cónsul lo persiguió en su retirada: pero infructuosamente, porque Viriato lo burló con una celeridad increible.

Conociendo el Cónsul Q. Servilio la superioridad del gefe lusitano, y considerando que sería una quimera el esperar un feliz resultado de los hechos de armas, escuchó el mal consejo de su ofendido amor propio y decidió echar mano de ciertos medios, tan reprobados por la lealtad, como inícuos y viles. Al efecto, averiguó quienes eran los capitanes mas fáciles de ganar en el ejército lusitano; y convenido secretamente con *Aulace*, *Ditalcon*, y *Minuro*, amaneció degollado en su misma tienda el héroe que por espacio de tantos años habia sido el terror de los romanos.

Tal fué el término que estaba reservado al gran Viriato: al hombre que con tanto valor expuso constantemente su vida, y á quien sus mismos enemigos, despues de haberlo tratado en un principio como salteador de caminos y capitan de ladrones, no pudieron menos de hacerle justicia mas

tarde, y tributarle los mas lisonjeros y merecidos elogios. (1)

(1) *Lusitanos Viriathus erexit, vir calliditatis acerrimæ, qui ex venatore latro, ex latrone subito Dux atque Imperator.* Floro lib. 2 cap. 17.

Ciceron, *de officiis*, lib. II, cap. 11.

Viriatus.... cui quidem etiam exercitus nostri, imperatores que cesserunt.

CAPITULO VII.

Decio Junio Bruto.—Q. Fabio Máximo.—Cayo Mario.—Lucio Calpurnio Pison.—Anécdota.—Servio Sulpicio Galba.—Q. Servilio Cepion.—Julio Silano.—L. Cornelio Dolavela.-Tito Didio.—Publio Licinio Crasso.—Sertorio.—Su gobierno.—Q. Cecilio Metélo.—Sus placeres.—Muerte de Sertorio.—M. Pupio Pison Calpurniano.—Veter Antistio.—L. Porcio.—C. Julio César.—M. Anneo Séneca.—Pompeyo.

Muerto Viriato le sucedió Tautamo, que sostuvo la guerra con tan poco acierto, y tan acosado llegó á ser por los romanos, que al fin se vió en la necesidad de pedir y obtuvo de ellos una capitulacion.

La muerte de Viriato, los tratados establecidos con los lusitanos, y la prolongada guerra que los béticos habian sostenido, dieron lugar á una paz, necesaria para reponerse de tantos desastres, de tanta sangre derramada y atender en lo posible al abandonado cultivo de los campos.

Mas bien pronto, en el año 138 antes de J. C. los lusitanos y gallegos empezaron á insurreccionarse, haciendo necesaria la venida del Cónsul Decio Junio Bruto al frente de un buen ejército. Esta sublevacion, que estaba en su origen, fué fácilmente acallada por el cónsul, que regresó tranquilo á Córdoba, pasando en ella el invierno. A la primavera siguiente tuvo que volver á sujetar á los gallegos, de los cuales triunfó, extendiendo sus conquistas hasta la Coruña y agregando á la España ulterior las plazas conquistadas. Es-

tas victorias valieron á Junio Bruto el renombre de *galaico* ó *gallego*, y que se le concediesen en Roma los honores del triunfo, despues de haber desempeñado en la España ulterior, por espacio de seis años el cargo consular.

No se sabe quienes fueron sus sucesores hasta el año 123 antes de J. C. que estando al frente de la España ulterior el pretor quinto Julio Máximo, remesó á Roma tan grandes cantidades de trigo, que temeroso el Senado de que se sublevasen por tan fuerte extraccion los pueblos que las habian suministrado, le mandó que las pagase.

El pretor *Cayo Mario*, se dedicó en el año 114 á exterminar de todo punto las muchas cuadrillas de facinerosos que infestaban los *Montes Marianos* (1), y cuyas asperezas les servian de guarida, bajando desde ellas á talar las fértiles campiñas de la Bética y llegando en estas correrias hasta el pais de los celtíberos que ofendidos por ello, se prestaron voluntariamente á ayudar al pretor en esta empresa. Al mismo tiempo que batia Mario los montes, abria por ellos camino y comunicaciones, logrando por uno y otro medio y á fuerza de una incansable actividad, dar feliz cima á su obra, y dejar el pais limpio de tan molestos malhechores, envilecidos restos de antiguas alteraciones y pasadas revueltas.

A Cayo Mario sucedió en el año 112, Lucio Calpurnio Pison que se cree fué fundador de la ciudad Calpurniana, hoy Cañete de las Torres. Pacificó á los lusitanos y regresó á Córdoba para atender con todo empeño y actividad á la esplotacion de las minas y gobierno de la provincia.

Por este tiempo fué cuando tuvo lugar el siguiente hecho que fué muy aplaudido. Habiéndosele quebrado á L.

(1) Franco cree que del nombre de *Mario*, y por los muchos trabajos y servicios que prestó en estos Montes, se llamaron desde esta época *Marianos*.

Calpurnio el anillo, se sentó en su tribunal, y en pública audiencia hizo venir á un artifice: y entregándole los pedazos por peso, mandó que le labrasen otro allí á presencia de todo el pueblo, para que nadie pudiese sospechar que un magistrado romano recibia aquel nuevo anillo procedente de algun soborno (1).

A Calpurnio Pison sucedió en el gobierno Servio Sulpicio Galba; hombre tan avaro, que fué causa de que se turbase la tranquilidad de la provincia; cuyos naturales no pudieron al fin tolerar por mas tiempo las contínuas y extraordinarias violencias que este pretor puso en juego para enriquecerse y hacer méritos para con la República. Como siempre, fueron los lusitanos los primeros en sublevarse contra la tiranía, el Senado á quien tanto constaba la fiereza de estos temibles enemigos, mandó con fuerzas bastantes al pretor quinto Servilio Cepion, que salió inmediatamente contra ellos: y logrando vencerlos se restituyó á Córdoba. A la primavera del año siguiente salió de nuevo contra ellos, ganándoles una victoria tan completa, que le valió los honores del triunfo. Igual premio se concedió el año 103 á Junio Silano, y en 101 á Lucio Cornelio Dolavela, que uno y otro fueron muy afortunados en sus expediciones militares.

(1) En tiempo de la República solo estaba permitido el uso de los anillos á los Cónsules, Magistrados y Senadores: despues se extendió esta distincion á todos los caballeros Romanos. Y de aquí que cuando Anibal ganó la batalla de Cannas, y envió á Magon á Cartago para que noticiase la batalla obtenida, se cuenta que presentó al Senado 3 celemines llenos de anillos de oro, que los soldados Cartagineses quitaron de los dedos de los caballeros Romanos, muertos en el campo.—Este abuso llegó mas tarde á tal extremo que hasta los soldados y libertos usaban el anillo de oro: y lo que es mas extraño tenian anillos distintos para cada estacion, á los cuales llamaban *semestri*.

En el año 98 antes de J. C. vino á España con el caracter de cónsul Tito Didio, que desempeñó con acierto su cargo, siendo sustituido cuatro años mas tarde por Publio Licinio Crasso, que fué el último general romano que subyugó á los lusitanos, mereciendo por sus gloriosos hechos de armas, los honores del triunfo á su regreso á Roma al finalizar el sexto año de su gobierno. Durante esta prolongada permanencia en España fué cuando acopió aquella inmensidad de riquezas, que le hicieron el mas poderoso de los Romanos.

Su hijo Marco Crasso se vió obligado á salir de Roma el año 85 y refugiarse en la Bética, en una gran cueva, no muy distante del mar, entre Gibraltar y Ronda (1.) Allí permaneció oculto y socorrido por un rico y poderoso español amigo suyo llamado Vibio Pasieco, que con un esmero verdaderamente paternal, atendió á cubrir las necesidades, no solo de Crasso, sino tambien de tres amigos y diez esclavos fieles que no queriéndolo abandonar en aquella prueba de amargura y proscripcion, decidieron acompañarle y correr su misma suerte.

Cerca de un año permaneció Crasso en esta situacion: y cuando al cabo de este tiempo, supo la muerte de Lucio Cinno, su mas encarnizado y capital enemigo, salió de la ceva, y manifestándose en público fué compadecido en su desgracia y socorrido en cuanto los naturales pudieron ofrecerle; mas este hombre excesivamente ambicioso no contento con lo que buenamente recogia, levantó un cuerpo de 2.500 hombres con pretexto de que le escoltasen en su viage: y al frente de él impuso fuertes contribuciones sacadas en unas partes á título de hospitalidad y en otras por la fuerza.

(1) La cueva en que Crasso estuvo escondido se encuentra hoy en la pendiente de la sierra llamada Cantales, entre Velez y Málaga.

El año 81 se presentó Sertorio en las costas de la Bética como fugitivo de Roma, viéndose en la necesidad de pasar al Africa. Los lusitanos que en sus guerras anteriores habian podido conocer y apreciar el mérito militar de Sertorio le avisaron en el año siguiente que tornase á España para ponerse al frente de ellos y hacer la guerra al pretor de la ulterior Tito Didio, cuyas tropelias y exacciones eran ya insoportables. Sertorio acudió inmediatamente y puesto al frente de 8.000 hombres salió en busca del pretor y encontrándolo cerca del Betis le dió una batalla que perdieron los romanos con muerte de unos 2.000 combatientes.

Esta victoria fué de gran resultado para Sertorio: pues le abrió paso para ambas Españas, declarándose á su favor en tanto número los naturales que no tardó en ver su ejército en disposicion de hacer frente y resistir á los romanos.

Contando ya con las simpatias y el aprecio de los Españoles, estableció su gobierno semejante al de Roma y poco faltó para que consiguiese emancipar de ella á la península, convirtiéndola en República independiente. Armó los soldados á la romana; los agrupó en centurias y legiones: les dió prefectos (1) y tribunos (2) y los instruyó en la disciplina de las tropas de Italia. Instituyó además, un Senado que convocó en Ebora (Alcalá la Real) compuesto de 300 personas de las mas ilustres y ricas tanto españolas, como romanas, en las que residiese la suprema potestad. Fundó la célebre Universidad de *Osca*, hoy Huesca, dotando cátedras de letras latinas y griegas, asistiendo á los exámenes y premiando por si mismo á los alumnos mas aventajados. Reformó la antigua administracion, introduciendo notables mejoras para los pueblos; tales como la reduccion de las contribuciones y la exencion de alojamientos y bagajes. Ultimamente creó magis-

(1) Véase el Apéndice núm. 4°.
(2) Véase el Apéndice núm. 5°.

trados, pretores, qüestores y tribunos de la plebe, que gobernasen las provincias y las ciudades, con las mismas leyes, usos y costumbres que en Roma.

Estas determinaciones fueron tan alarmantes y produjeron tal efecto en Roma, que el Senado, invistiendo con cuantos poderes era posible al Cónsul Quinto Cecilio Metélo, llamado el Pio (1), lo mandó á España el año 79 antes de J. C. trayendo por qüestor á Lucio Domicio Toranio. Tan luego como dió á su ejército algun descanso en Córdoba salió de ella para la Veturia al frente de tres legiones.

Encargó la vanguardia á Toranio, que teniendo que sostener un encuentro con Lucio Irtuleyo en las inmediaciones del rio Annas, hoy Guadiana, fué derrotado y muerto. La noticia de este desastre obligó al cónsul á apresurar su marcha, sosteniendo contra los enemigos varios encuentros sin ningun resultado importante.

No estaba tranquilo el Senado con que el gobierno de toda España estuviese á cargo de Metélo Pio y envió á Cneo Pompeyo, el Grande, con un poderoso ejército para que estuviese al frente de la provincia citerior.

Metélo para auxiliar á su compañero que habia sido deshecho en el reino de Valencia, sacó de la España ulterior todas sus tropas, con objeto de reprimir á los sertorianos, que estaban mas y mas agresivos con las conquistas que habian alcanzado recientemente. Mas al finalizar el otoño, se vieron obligados á suspender la campaña y retirarse á sus respectivos cuarteles de invierno.

Metélo lo hizo á Córdoba: y tanto en esta ocasion como en todas las demás en que las treguas le permitian algun

(1) Se le dió este nombre á causa de las muchas lágrimas que derramó para alcanzar que se alzase á su padre el destierro á que habia sido condenado.

descanso, mostraba á los poetas Cordobeses las mayores deferencias y el alto aprecio en que los tenia. Estos á su vez le recibian siempre como triunfador, celebraban en composiciones poéticas sus victorias, y le recitaban sus triunfos en los banquetes y festejos.

Al acercarse la primavera del año 76 antes de J. C. salieron nuevamente á campaña los ejércitos beligerantes. Lucio Irtuleyo y su hermano, con la mitad del ejército sertoriano, permanecieron en la España ulterior. Tambien los romanos dividieron sus fuerzas, quedando Metélo encargado de hacer frente á Irtuleyo, á quien encontró en los montes Marianos. Los soldados de Sertorio, que eran menos en número, y que esperaban refuerzos de la Bética, esquivaron la accion y continuaron su marcha, seguidos de Metélo hasta las inmediaciones de Segovia, ciudad que estaba situada en territorio de Córdoba y no muy distante de Carmona. En ella decidieron al fin darse la batalla, que fué sostenida y sangrienta, perdiéndola Irtuleyo con su propia muerte, la de su hermano y de 20.000 combatientes. No contento Metélo con esta memorable victoria, continuó la persecucion, apoderándose de las costas de la Bética, desde donde regresó á Córdoba cubierto de laureles.

Los Cordobeses que conocian el flaco de Metélo, lisongearon su vanidad recibiéndole con miles aplausos y una completa ovacion. Los poetas celebraron y cantaron sus triunfos en los espléndidos banquetes que con frecuencia daba el cónsul en las Basílicas (1), y á los cuales asistia cubierto con las ropas triunfales.

No fueron estas las únicas ridiculeces y futilidades á que se entregó en Córdoba el Cónsul Metélo Pio. Orgulloso por las conquistas alcanzadas sobre los sertorianos, hacia

(1) Véase el Apéndice núm. 14.

venir de toda España los platos y manjares mas exquisitos y regalados que cada pueblo producia. Las doncellas de mas habilidad y hermosura bailaban y cantaban á su presencia elogiando sus triunfos. Todas las habitaciones de su palacio estaban cubiertas de ricos tapices y alfombras; y la flor del azafran silvestre cubria el pavimento. Hizo abrir magníficos teatros, en los que se representaban ingeniosas fábulas, cuyos argumentos tenian por objeto lisonjear y adular al Cónsul. Hizo trabajar una ingeniosísima máquina sobre la cual estaba colocada la Victoria, que entre el resplandor de los relámpagos y el estampido de los truenos, descendia del cielo trayendo en la mano una brillante corona, que ponia lenta y respetuosamente sobre la cabeza del general. Este la esperaba sentado sobre un trono de oro, mientras los circustantes hacian oraciones y le ofrecian incienso con sacrílega adulacion. El primero y que mas empeño ponia en contentar la fastuosa flaqueza y locura del Cónsul era su qüestor Cayo Urbinio.

Llegada la primavera del año 74 salió nuevamente á campaña Metélo Pio; y con gran sorpresa vió que mientras él habia pasado el invierno entre la emponzoñada atmósfera de los perfumes y el afeminado cantar de las doncellas, sus enemigos lo habian invertido en reclutar nuevas fuerzas, disciplinarlas y ponerse en disposicion, no solo de sostenerse á la defensiva, sino tambien de buscar, atacar y exterminar al infatuado Metélo. Este pudo convencerse de ello al poco tiempo de su salida; y temeroso de una derrota casi segura, se retiró acobardado á la España ulterior, sin atreverse á desamparar los muros de Córdoba.

Una circunstancia ajena á Metélo vino á favorecerle y á devolverle el valor y la confianza que habia perdido. Sertorio empezó á desconfiar de sus soldados romanos y á depositar toda su confianza en los españoles. Sentidos de esta

mudanza los romanos, principiaron á hacerle traicion: y Sertorio, recurriendo á la violencia y á castigos excesivamente duros y crueles, dió ocasion á frecuentes motines y deserciones. Estas fuerzas que se separaban del ejército de Sertorio, encontraban muy buena acogida en el de Metélo, que además hizo otras levas y aumentó considerablemente su ejército.

Ya en este estado y con tan favorables antecedentes abandonó sus cuarteles é hizo los mas rápidos progresos, conquistando pueblos y sujetando ciudades, sin encontrar la menor oposicion por parte de los sertorianos. Sometida su provincia, acudió á favorecer á Pompeyo en la suya: y alcanzadas por los dos nuevas victorias, y muerto alevosamente Sertorio, se retiró Metélo á Córdoba, despues de haber sometido á los pocos sublevados que quedaban en la Lusitania.

En Córdoba volvió de nuevo el Cónsul á su vida de placeres y deleites, sin que otras revueltas le obligasen á abandonar de nuevo la capital, hasta que regresó á Roma, donde fueron premiados sus servicios con los honores del triunfo. Con él marchó tambien un número considerable de poetas cordobeses, no solo para que con sus cantos celebrasen sus conquistas, sino para hacer con ellos un obsequio á la República. (1)

(1) Acaso entre los poetas que le acompañaron fué uno el célebre Cordobés Sextilio Hena, distinguido declamador, coetáneo de Tulio cuya muerte lamentó en un poético discurso, que principia:

Deflendus Cicero est, Latiæque silentia linguæ (Suasoria VI).

Su compatriota Marco Anneo Séneca, al citarlo entre los antiguos oradores dice que fué hombre mas ingenioso que erudito, poéta desigual, y en algunos lugares *pingue quidam sonantes atque peregrinum*, como decia Ciceron de los poetas cordobeses.

Otro de los ingenios de aquella época que mas y con mas razon

El año 70 antes de J. C. tomó el mando de toda España Marco Pupio Pison Calpurniano. No se sabe cual pudo ser la causa de que nuevamente se encendiese la guerra en España, ni que parte del pais se sublevó, asi como tampoco las circunstancias y resultado que tuvo la sublevacion. Pero se debe inferir que sería favorable á Marco Pupio, cuando á consecuencia de estos hechos alcanzó los honores del triunfo, á su regreso á Roma, dos años despues de su venida.

Le sucedió en el pretorado de la España ulterior Veter

alcanzarón la admiracion pública fué el famoso cordobés Porcio Latron, á quien llamó Quintiliano *el primer profesor de esclarecido nombre*, y á quien Plinio calificó como *el mas claro entre todos los maestros de hablar*. Era tan extraordinaria su facundia y tan exquisita su sensibilidad, que eclipsó y sobrepujó á los declamadores y oradores que mas renombre alcanzaban en la ciudad de los Césares. Marco Anneo Séneca que fué compañero de Latron, desde su mas tierna edad hasta su muerte, asegura que fué el varon mas grave, mas jovial, y mas elocuente de su siglo; quien mas se enseñoreó de su ingenio, y mas libremente le dejó correr; su voz era gruesa, su decir áspero, y su memoria tan feliz que le bastaba escribir sus oraciones, para recitarlas despues, sin olvidar una sola palabra, ni alterar su colocacion. Su estilo era conciso, severo y despojado de figuras, por considerarlas como innecesarias y hasta perjudiciales digresiones, inventadas exclusivamente para ocultar la verdad ó al menos para darla á conocer de una manera disfrazada. El número de sus discípulos y admiradores correspodió á la extensa fama de que gozaba: y era tal el entusiasmo de que se hallaban poseidos, que procuraban imitar hasta los defectos é imperfecciones de su maestro. Aquejado de *dobles cuartanas*, y no pudiendo soportar su indomable espíritu verse avasallado por los padecimientos corporales, decidió ponerles término por medio del suicidio, como lo ejecutó con estóica indiferencia 2 años antes de la venida de J. C. y cuando solo contaba 55 años de edad.

Antistio, acompañándole con el cargo de qüestor C. Julio César, que al recorrer los cuatro tribunales ó Chancilleria de la provincia (Córdoba, Ecija Sevilla y Cádiz), visitó en esta última poblacion el templo de Hércules, y viendo en él la estátua de Alejandro Magno, dijo derramando lágrimas que aun no habia él hecho cosa notable, mientras que á su edad habia ya sometido Alejandro muchas gentes y merecido el nombre de *grande*.

En el año 66 desempeñó el pretorado Lucio Porcio, sin que nos hayan quedado noticias de su administracion, ni de sus sucesores hasta el año 60, que vino C. Julio César con este cargo. Sus deseos de adquirir gloria fueron causa de que se turbase la tranquilidad de la provincia, sublevándose los lusitanos. Con pretexto de que las montañas de Herminio entre Tajo y Mondejo (hoy tierra de la Estrella) servian de guarida y eran un punto ventajoso á los vandoleros, intimó á los montañeses que se estableciesen en la llanura. Estos se resistieron y pagaron con la vida su oposicion. Muchos huyeron perseguidos por Julio César, que al fin los sujetó, recibiendo en Roma los honores del triunfo por ello.

El año 58 antes de J. C. nació en Córdoba el famoso Marco Anneo Séneca, llamado vulgarmente el retórico. (1) Se trasladó á Roma, donde por espacio de mucho tiempo sostuvo una escuela de Retórica, que fué muy concurrida y de gran crédito. (Véase el año 32 de J. C.)

El año 55 antes de J. C. se confió á Pompeyo el Gran-

(1) Se cree que sus casas estuvieron donde despues la ermita de S. Benito y hoy el convento de religiosas del Corpus-Cristi, en la calle que se llamó antiguamente del Cabildo viejo y hoy de Ambrosio de Morales frente al Teatro. Tambien se cree que tuvo sus escuelas inmediatas á la ciudad, junto á la puerta de Sevilla: las cuales eran públicas, enseñándose en ellas Filosofia, Retórica, Poesia y Griego.

de, el gobierno de ambas Españas: pero no vino á ellas, sino que mandó á sus legados con siete legiones. La Lusitania quedó á cargo de uno de ellos, Marco Petreyo y la Bética á cargo de otro, Marco Terencio Barron. Ya por este tiempo estaban en pugna abierta Pompeyo y Julio César; tanto que aquel mandó á España á su otro legado (1) Vibulo Rufo para que previniese á los demás que ya estaban en ella, que se preparasen para resistir á César, como enemigo de la libertad de la República, si invadia estas provincias. A su vez Julio César envió á Q. Fabio Máximo con tres legiones y grandes socorros de lusitanos, béticos, cántabros, y celtíberos. Barron quedó en Córdoba con dos legiones para conservar la provincia por el partido de Pompeyo, consiguiendo no sin trabajo que no hubiese alteraciones, ó mejor dicho, que no fuesen de importancia.

(1) Véase el Apéndice núm. 6.

CAPITULO VIII.

Conducta de Varron.—Quinto Casio Longino.—Congreso en Córdoba.—Conspiracion contra Longino.—Consecuencias de sus crueldades.—Tito Tosio.—Marco Claudio Marcelo.—Resistencia de Córdoba á Longino.—Sitio de Ulia.—Parcialidades en Córdoba.—Cayo Trebonio.—Venida de los Pompeyos.—Venida de Julio César.—Combates entre Cesarianos y Pompeyanos.—Sitio y rendicion de Ategua.

El año 49 antes de J. C. guarnecia Varron los puntos mas importantes de la Bética y observaba con timidéz los vaivenes de la guerra, replegándose con punible veleidad al partido que llevaba la mejor parte ó que creia mas inmediato al triunfo, sin declararse decididamente por ninguno de los dos hasta que supo los reveses que el ejército cesariano habia sufrido en los contornos de Lérida. Quiso entonces desquitarse de sus anteriores vacilaciones; y para destruir las sospechas que ellas hubieran podido producir entre sus parciales, no dejó nada por hacer en favor de los pompeyanos. Recorrió la Bética imponiendo fuertes contribuciones á los pueblos, sin que los mismos caballeros romanos se librasen de ellas: alistó soldados: dejó exhaustos de trigo todos los pueblos, y haciendo uso de los mas irritantes atropellos y de las mas insufribles vejaciones, se apoderó de toda clase de alhajas, dineros y cuanto poseian los naturales. Una conducta tan repugnante y violenta causó tanto daño al partido de Pompeyo como beneficio al de César. Asi es que fué rara la

poblacion de la Bética que no se declaró por este. Córdoba lo hizo con todo su convento jurídico: (1): y aprovechando la ocasion de pasar para Cádiz varias cohortes, las ganó, y reforzó con ellas su guarnicion, cerrando las puertas al legado, sin permitirle penetrar en la ciudad.

No desperdició César este buen espíritu del pais y mandó á la Bética al tribuno de la plebe Quinto Casio Longino con dos legiones, siguiéndole él mismo con 600 caballos. No encontró en su marcha la menor oposicion; y llegado á Córdoba, convocó en ella como capital de la España ulterior, un congreso al cual asistiesen representantes de todas sus ciudades. Arengó á los diputados en los términos mas lisongeros; les dió las gracias por cuanto habian hecho en su favor: les indemnizó de lo que Varron les habia usurpado: reparó los agravios que habian sufrido; y consiguió, por estos medios, una alianza firme, que con la mejor buena fé le ofrecieron todos.

Varron entre tanto buscaba sin encontrarlo, un punto donde guarecerse; y desengañado al fin y rechazado de todas partes y abandonado hasta de sus mismos soldados, vino á Córdoba á implorar el perdon de César. Concedióselo este, haciendole que entregase antes á su pariente Sexto Julio César la única legion que le quedaba y cuantos tesoros habia sacado del pais. Dos dias despues, salió César de Córdoba para Roma, dejando por pretor á Q. Casio Longino.

Desde los primeros dias de su gobierno empezó este hombre avaro y cruel á malquistarse con los pueblos cuya administracion le habian sido confiada. Sin mas razon que su capricho sacó por todas partes crecidas sumas, se apoderó de los fondos públicos, confiscó las haciendas y atesoró cuantas riquezas le proporcionó la mas sórdida avaricia, y los mas insoportables procedimientos.

(1) Véase el Apéndice núm. 18.

No contento aun levantó una nueva legion en la provincia, y completó 3.000 caballos despojando de ellos á sus dueños, con lo cual llegó á su colmo el disgusto. Contribuyeron tambien á esto ciertas cartas que recibió de César en que le mandaba pasar al Africa, para castigar á Juba, rey de Numidia que favorecia á Pompeyo. Esta órden agradó sobre manera al Pretor, pues ella le servia de pretexto para nuevas acciones y acopio de riquezas. Reunió tropas de muchas partes, y despues de haberlas revistado en las inmediaciones de Córdoba, les participó las órdenes qne tenia.

Los cordobeses sufrieron cuanto les fué posible y cuando ya les faltó de todo punto la paciencia, fraguaron una conspiracion resueltos á acabar con la vida del tirano. Los principales conjurados eran

Lucio Basilio
Minucio Silon
Munacio Flacco
Tito Vaccio
Lucio Mergilion
Lucio Licinio Esquilo
Calpurnio Salbiano
Manilio Túsculo
Anneo Scapula
Quinto Sextio y
Lucio Laterense.

Esperaron una ocasion favorable: y al ir un dia el odiado Pretor á la Basílica (1) se le acercaron, y Minucio Silon con pretexto de entregarle una solicitud, le clavó por dos veces un puñal, hiriéndole levemente. Cargaron en seguida sobre él, primero Munacio Flacco y Licinio Esquilo, que tu-

(1) Este era el nombre que segun Martin de Roca se daba á la Casa Real ó morada de los Magistrados ó Presidentes de la Provincia.